

bles que reclinatorios y rosarios de calaveras.

— Están dando las diez en el reloj del Louvre; me parece que no es tan tarde.

— ¡ Y qué he ver en esa pieza ?

— ¡ Caramba ! Si os lo digo, será el medio de que no vengáis.

— Muy lejos es, duque.

— Por las galerías, no se tarda más que cinco minutos, señor.

— ¡ De Epernón, de Epernón !

— ¡ Y bien, señor ?

— Si lo que quieres enseñarme no es muy curioso, ¡ cuidado contigo !

— Os respondo, señor, que ha de ser curioso.

— Vamos, pues, — dijo el rey levantándose con un esfuerzo.

El duque tomó su capa, y presentó al rey su espada; luego cogiendo un cirio, echó á andar por la galería precediendo á S. M. C., que le siguió con perezoso paso.

XIII.

El dormitorio.

Aunque no eran aún más que las diez, como había dicho de Epernón, reinaba ya en el Louvre un silencio sepulcral, y era tan recio el viento que soplabá, que apenas se oían los pesados pasos de las centinelas y el rechinar de los puentes levadizos.

En menos de cinco minutos, en efecto, llegaron los dos paseantes á los edificios de la calle del Astruce, que había conservado este nombre, aun

después de la construcción de San German-l'Auxerrois.

El duque sacó una llave de su bolsillo, bajó algunas escaleras, atravesó un patinejo, y abrió una puerta cimbrada, cubierta de zarzas amarillentas, y cuya parte inferior estaba obstruida por las crecidas hierbas.

Dió diez pasos por un camino sombrío, á cuyo extremo se halló en un patio interior dominado ea uno de sus ángulos por una escalera de piedra.

Aquella escalera iba á dar en una vasta sala, ó más bien á un inmenso pasadizo.

De Epernón tenía también la llave de aquel pasadizo.

Abrió suavemente la puerta, é hizo notar á Enrique el extraño mueblaje que, abierta aquella puerta, se presentó al punto á su vista.

Guarneciánlo cuarenta y cinco camas, y cada una de éstas estaba ocupada por un durmiente.

El rey miró todas aquellas camas y á todos aquellos durmientes; luego, volviéndose hacia el duque con inquieta curiosidad:

— ¡Y bien! — le preguntó, — ¿quiénes son todos esos que están ahí durmiendo?

— Hombres que duermen aún esta noche, pero que desde mañana no volverán á dormir, sino por su turno.

— ¿Y por qué no volverán á dormir?

— Para que pueda dormir V. M.

— Explicate; ¿esos hombres son, pues, amigos tuyos?

— Escogidos por mí, señor; entresacados como el trigo en el aire; guardias intrépidos que no dejarán nunca á V. M., más que á su sombra, y que, todos nobles, teniendo el derecho de ir adonde quiera que vaya V. M., no dejarán á nadie acercarse á vos á la distancia de una espada.

— ¿Y eres tú quien ha inventado eso, de Epernón?

— ¡Dios mío! Sí, señor; yo solo.

— Se van á reir de ellos.

— No tal; les tendrán miedo.

— ¿Conque tan terribles son tus nobles?

— Señor, es una jauría que vos lanzaréis sobre la pieza que os agrade, y que, no conociendo más que á vos, no teniendo relaciones más que con V. M., no se dirigirán más que á vos para recibir la luz, el calor, la vida.

— Pero eso debe arruinarme.

— ¿Acaso se arruina nunca un rey?

— Ya no puedo pagar á los Suizos...

— Mirad bien á estos recién venidos, señor, ¿y decidme si os parecen gentes de mucho gasto?

El rey echó una mirada sobre aquel dormitorio, que presentaba un aspecto bastante digno de atención, aun para un rey acostumbrado á las bellas divisiones arquitectónicas.

Aquella larga sala estaba cortada, en toda su longitud, por un tabique, en el que el constructor había abierto cuarenta y cinco alcobas colocadas como otras tantas capillas, unas al lado de otras, y dando al pasadizo en uno de cuyos extremos se hallaban el rey y de Epernón.

Una puerta, abierta en cada una de aquellas alcobas, daba acceso á una especie de habitación contigua.

Resultaba de aquella distribución ingeniosa que cada noble tenía su vida pública y su vida murada.

Al público, se presentaba por la alcoba.

En familia, se ocultaba en su pequeña habitación.

La puerta de cada una de aquellas habitacion-

citadas daba sobre un balcón corrido á todo lo largo del edificio.

El rey no comprendió desde luego aquellas sutiles distinciones.

— ¿Por qué me los enseñas así, durmiendo todos en sus camas? preguntó el rey,

— Porque he creído, señor, que de ese modo sería más fácil á V. M. el hacer su inspección. Además, estas alcobas, todas numeradas, tienen una ventaja, que es la de transmitir su número á su inquilino, de manera que cada uno de esos inquilinos será, según la necesidad, un hombre ó un guarismo.

— Está bastante bien ideado, — dijo el rey, — especialmente si sólo nosotros conservamos la clave de toda esta aritmética. Pero los desdichados se ahogarán, si han de vivir siempre en este tabuco.

— V. M. va á dar la vuelta conmigo alrededor, si lo desea, y entrar en la habitación de cada uno de ellos.

— ¡Cáspita! ¡qué guarda-muebles acabas de hacerme, de Epernón! — dijo el rey, dirigiendo la vista sobre las sillas cargadas con la ropa de los

durmientes. — Mucho ha de reir París si encierro aquí los pingajos de estos jaquetones.

— Cierto es, señor, — respondió el duque, — que mis cuarenta y cinco no están suntuosamente vestidos; pero, señor, si todos hubiesen sido duques y pares...

— Sí, comprendo, — dijo sonriendo el rey, — me costarían más de lo que van á costarme.

— Y bien; eso mismo quería decir, señor.

— ¿Cuánto me podrán costar? Veamos. Esto podrá tal vez decidirme, porque en verdad, de Epernón, sus caras no son muy apetitosas.

— Señor, bien sé que están algo flacos y tostados por el sol de nuestras provincias del Sur; pero también yo estaba flaco y tostado como ellos cuando vine á París; se pondrán gordos y blancos como yo.

— ¡Hum! — hizo Enrique echando una mirada oblicua á de Epernón.

Luego, después de una pausa:

— ¿Sabes que roncan como unos chantres tus hidalgos? — dijo el rey.

— Señor, no hay que formar juicio de ellos por esa circunstancia, porque esta tarde han comido largo, y ya veis...

— ¡Calla! Aquí tenemos uno que sueña alto, — dijo el rey aplicando el oído con curiosidad.

— ¿Verdaderamente?

— Sí, ¿qué dirá?... Escucha.

En efecto, uno de aquellos nobles, con la cabeza y los brazos pendientes fuera de la cama, y la boca entreabierta, murmuraba algunas palabras con una melancólica sonrisa.

El rey se aproximó á él de puntillas.

— Si sois una mujer, — decía, — ¡huid! ¡huid!

— ¡Ah! ¡ah! — dijo Enrique, — éste es galante.

— ¿Qué os parece de él, señor?

— Su cara no me es del todo desconocida.

De Epernón aproximó su bujía á la alcoba.

— Luego, tiene las manos blancas y la barba bien atusada.

— Es el señor Ernautón de Carmainges, un guapo muchacho que promete mucho.

— Habrá dejado allá en su país algún amor en embrión, ¡pobre diablo!

— Para no tener otro amor que el de su rey, señor: ya le recompensaremos su sacrificio.

— ¡ Oh ! ¡ oh vaya una figura estrafalaria la que sigue á tu señor... ¿ cómo le llamas ?

— Ernautón de Carmainges.

— ¡ Ah, sí ! ¡ Peste, qué camisa tiene el número 3 ! Se diría que es un saco de penitente.

— Ese es el señor de Chalabre; si él arruina á V. M., os respondo que no lo hará sin enriquecerse un poco.

— ¿ Y esotra cara sombría que no tiene trazas de soñar en amor ?

— ¿ Qué número, señor ?

— Número 12.

— Fina espada, corazón de bronce, hombre de recursos : el señor de Santa Maline, señor.

— Pero, bien reflexionado, ¿ sabes que has tenido una bonita idea, Lavalette ?

— Ya lo creo; juzgad, señor, qué efecto van á producir estos nuevos perros de guardia, que no se separarán más de V. M. que la sombra del cuerpo; estos molosos que nunca han sido vistos en ninguna parte, y que, en la primera ocasión, van á mostrarse de un modo que nos hará honor á todos.

— Sí, sí, tienes razón, no es mala idea. Pero escucha.

— ¿ Qué ?

— Supongo que no me seguirán como mi sombra con ese equipaje. Mi cuerpo es airoso, y no quiero que su sombra, ó más bien sus sombras lo deshonren.

— ¡ Ah ! Volvemos á la cuestión del guarismo.

— ¿ Contabas eludirla ?

— No, señor, al contrario; es en todas las cosas la cuestión fundamental; pero respecto de ese guarismo, he ideado también una cosa.

— ¡ De Epernón, de Epernón !

— ¿ Qué queréis, señor ? El deseo de agradar á V. M. dobla mi imaginación.

— Vamos, di esa idea.

— Y bien, si de mí dependiera, cada uno de estos hidalgos hallaría mañana por la mañana, sobre el taburete en que están sus guiñapos, un bolsillo de mil escudos en pago del primer semestre.

— ¡ Mil escudos por el primer semestre ! ¡ seis mil libras por año ! Vamos, estás loco, duque. Un regimiento entero no costaría tanto.

— Olvidáis, señor, que están destinados á ser las sombras de V. M.; y, vos mismo lo habéis dicho, deseáis que esas sombras estén vestidas decente-

mente. Así pues, cada uno tendrá que sacar de esos mil escudos para vestirse y armarse de un modo que os haga honor. Y sobre la palabra honor, hay que dejar la rienda algo suelta á los gascones. Por consiguiente, destinando mil y quinientas libras para el equipo, vendrían á quedar cuatro mil quinientas libras por el primer año, tres mil por el segundo y los otros.

— Es más aceptable.

— ¿Y V. M. acepta?

— Hay para ello alguna dificultad, duque.

— ¿Cuál?

— La falta de dinero.

— ¿La falta de dinero?

— ¡Diantre! Tú debes saber mejor que ningún otro que la razón que alego no es mala, puesto que todavía no has podido hacer que te pagasen tu letra.

— Señor, he hallado un medio.

— ¿De hacerme tener dinero?

— Para vuestra guardia, sí, señor.

— Algún juego de avariento, — pensó el rey mirando á de Epernón de lado. Luego en voz alta:

— Veamos ese medio, le dijo.

— Se ha refrendado hace hoy mismo seis meses

un edicto sobre los derechos de caza y de pesca.

— Es posible.

— El pago del primer semestre ha producido sesenta y cinco mil escudos, que el tesorero del ahorro iba á entrar en caja esta mañana, cuando le previne que no lo hiciese; de manera que en lugar de ingresarlo en el tesoro, tiene á disposición de V. M. el dinero de la contribución.

— Lo destinaba á las guerras, duque.

— Y bien, precisamente, señor. La primera condición de la guerra es tener hombres; el primer interés del reino es la defensa y seguridad del rey; pagando la guardia del rey se llenan todas estas condiciones.

— La razón no es mala, pero, según tu cuenta, no veo empleados más que cuarenta y cinco mil escudos, por consiguiente, van á quedarme veinte mil escudos para mis regimientos.

— Perdonad, señor, he dispuesto, salvo el beneplácito de V. M., de esos veinte mil escudos.

— ¡Ah! ¿Has dispuesto de ellos?

— Sí, señor, será un descuento de mi letra.

— Ya estaba yo seguro de ello, — dijo el rey; — me das una guardia para cobrar tu dinero.

— ¡ Oh ! ¿ cómo podéis decirme eso, señor ?

— Pero, ¿ por qué esa cuenta justa de cuarenta y cinco ? — preguntó el rey pasando á otra idea.

— Hé aquí la razón, señor: el número 3 es primordial y divino; además es cómodo. Por ejemplo, cuando un jinete tiene tres caballos, nunca queda á pie: el segundo reemplaza al primero que está cansado, y luego le queda otro para reemplazar al segundo en caso de herida ó de enfermedad. Así pues, tendréis siempre tres veces quince gentiles-hombres: quince de servicio, treinta de descanso. Cada servicio durará doce horas, y durante esas doce horas, tendréis siempre cinco á la derecha, cinco á la izquierda, dos delante y tres detrás. Que vengan á atacaros con semejante guardia.

— ¡ Por Dios santo, que está bien combinado, duque ! y te doy la enhorabuena.

— Miradlos, señor; verdaderamente hacen muy buen efecto.

— Sí, vestidos no estarán mal.

— ¡ Ahora creéis que tengo derecho á hablaros de los peligros que os amenazan, señor !

— No digo que no.

— ¿ Luego tenía razón ?

— Sea.

— ¡ No es al señor de Joyeuse á quien habría ocurrido esta idea !

— ¡ De Epernón, de Epernón ! ¿ no es caritativo hablar mal de los ausentes !

— ¡ Parfandious ! vos habláis bien mal de los presentes, señor.

— ¡ Ah ! Joyeuse me acompaña siempre. Hoy estaba conmigo en la Greve.

— Y bien; yo estaba aquí, señor, y ya ve V. M. que no perdía el tiempo.

— Gracias, Lavalette.

— Á propósito, señor, — dijo de Epernón después de un instante de silencio, — tenía una cosa que pedir á V. M.

— En efecto, duque, ya extrañaba mucho que no me pidieses nada.

— V. M. está cruel hoy, señor.

— ¡ Eh ! No, tú no comprendes, amigo mío, — dijo el rey cuya venganza había quedado satisfecha con la sátira, — ó más bien me comprendes mal; decía que, habiéndome hecho un servicio, tenías derecho á pedirme alguna cosa; pide, pues.

— Eso es diferente, señor. Además, lo que yo pido á V. M. es un cargo.

— ¡ Un cargo ! ¿ Tú, coronel de infantería, quieres aún un cargo ? ¡ No ves que te abrumará ?

— Para el servicio de V. M. soy fuerte como Sansón; para el servicio de V. M. puedo llevar en mis hombros el cielo y la tierra.

— Pide, pues, — dijo el rey suspirando.

— Deseo que V. M. me confiera el mando de estos cuarenta y cinco nobles.

— ¡ Cómo ! — replicó el rey atónito. ¿ Tú vas á marchar delante y detrás de mí ? ¿ vas á consagrarte á mí hasta ese punto ? ¿ Quieres ser capitán de los guardias !

— ¡ No, señor, no !

— Enhorabuena. Entonces ¿ qué quieres ? habla.

— Quiero que estos guardias, mis compatriotas, comprendan mejor mi mando que el de ningún otro; pero yo no los precederé ni los seguiré; tendré un segundo jefe á mis órdenes.

— Aun hay algún gato encerrado en esto, — pensó el rey; — este diablo de hombre siempre da para recibir.

Luego en voz alta :

— Y bien, sea; tendrás tu mando.

— ¿ Secreto ?

— Sí; pero ¿ quién ha de ser oficialmente jefe de estos cuarenta y cinco ?

— El pequeño Loignac.

— ¡ Ah !... Tanto mejor.

— ¿ Le place á V. M. ?

— Perfectamente.

— ¿ Queda convenido así, señor ?

— Sí, pero...

— ¿ Pero qué ?

— Qué papel desempeña cerca de ti ese Loignac ?

— Es mi de Epernon, señor.

— Entonces te debe costar caro, — dijo entre dientes el rey.

— ¿ V. M. dice ?...

— Digo que le acepto.

— Señor, voy á casa del tesorero de la caja de ahorro á buscar los cuarenta y cinco mil escudos.

— ¿ Esta noche ?

— ¿ No es preciso que nuestros hombres los hallen mañana sobre sus sillas ?

— Es justo. Ve; yo me vuelvo á mi cuarto.

— ¿ Contento, señor ?

— Bastante.

— En todo caso, bien guardado.

— Sí, por hombres que duermen con los puños cerrados.

— Mañana velarán, señor.

De Epernón acompañó á Enrique hasta la puerta de la galería, y se separó de él diciendo para sí :

— Si no soy rey, tengo guardias como un rey, y que no me cuestan nada, ¡ parlantious !

XIV.

La sombra de Chieot.

Como hemos dicho hace poco, el rey no tenía jamás decepciones sobre sus amigos. Conocía sus defectos y sus virtudes, y leía, rey de la tierra, en lo más profundo de su corazón tan exactamente como podía hacerlo el rey del cielo.

Había comprendido desde luego adónde quería ir á parar de Epernón ; pero como se prometía no recibir nada en cambio de lo que él diese, y, por el contrario, recibía cuarenta y cinco estaferos en